

Ojos de madre, alma de guanaca

La Patagonia, allí vivía una joven aonikenk, llamada Mailén. Ella tenía un don que lo había heredado de su padre, un don muy peculiar: entender el lenguaje de los animales, en especial el de los guanacos. El padre de Mailén la crio solo, ya que su madre falleció.

Desde niña había caminado entre ellos, observando sus gestos, sus rituales, sus rutas migratorias. Aprendió que los guanacos no eran simples animales salvajes que habitaban allí, si no seres antiguos, que se adueñaban de la identidad de la futura Magallanes.

Un día la pequeña Mailén se alejó del campamento donde se encontraba con su padre, siguiendo una cría de guanaco. Caminó por mucho tiempo, sin sentir el frío y el hambre. Ella se detuvo en un valle oculto entre rocas. La manada se encontraba allí, esperándola. No huyeron, no se inquietaron. Solo la miraron. Y uno de ellos se acercó a Mailén.

La niña no sintió miedo. El guanaco la miró con unos ojos que parecían que la conocía desde el día de su nacimiento, y sintió una conexión única con aquel guanaco, algo que jamás había pasado, ya que toda su vida había estado rodeada de ellos. Por un momento se acordó de una historia que su padre le contó cuando Mailén era más pequeña. Mientras ella se acordaba, el guanaco hizo un ruido con su boca, algo que ella no lograba comprender, así que tomó la decisión de irse, porque probablemente su padre y su tribu la estarían buscando. Mientras ella iba de camino, algo la llamaba, por lo que decidió volver a la manada de guanacos, pero ya no se encontraban allí, por lo que decidió quedarse a dormir porque sería peligroso caminar a esas horas.

Después de una hora durmiendo bajo el árbol, ella siente calor. Se sintió confortada, como un cariño especial. Se preguntará ¿qué habrá pasado, si los árboles son duros?, pues Mailén se preguntó lo mismo mientras dormía, por lo que abrió los ojos y cuando despertó, se encontró al guanaco al lado de ella. Mailén se dio cuenta que no se trataba de un guanaco, se trataba de una guanaca, una hembra. Por un momento ella pensó en su madre, le vino un pequeño recuerdo de ella, por sus ojos, por sus cariños, por su tacto, su olor, simplemente ella.

La guanaca se quedó recostada junto a Mailén hasta que se durmió. Pasaron unas horas y la guanaca se fue lentamente, pero Mailén desde ese entonces nunca más se sintió sola.

Javiera Belén Ayacán Cárdenas